

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la Institución.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la Institución, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las revistas españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas: para los accionistas, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50. Se publica dos veces al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la Institución gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XIII.

MADRID 31 DE DICIEMBRE DE 1889.

NÚM. 309.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

El exceso de trabajo mental en la enseñanza, por D. L. Simarro.—La enseñanza del idioma, por D. J. de Caso.—Sobre la reorganización de los estudios de facultad, por algunos Catedráticos de varias Universidades.

ENCICLOPEDIA.

El último concurso belga de ciencias filosóficas.

INSTITUCIÓN.

Libros recibidos.—Correspondencia.

PEDAGOGÍA.

EL EXCESO DE TRABAJO MENTAL EN LA ENSEÑANZA,

por el Prof. D. Luís Simarro,

DR. EN MEDICINA.

(Continuación) (1).

Que esta fórmula general de las relaciones entre el trabajo y la fatiga corresponde con suficiente exactitud á la realidad de los hechos, puede comprobarse aplicándola á los diversos estados de un nervio ó de un centro nervioso.

Consideremos en esta relación el estado *esténico* y su opuesto el *asténico*, el agotamiento, la situación del nervio moribundo, y por último la del nervio degenerado.

Si el estado *esténico*, que puede mirarse como el tipo de la salud y la fuerza de un nervio descansado y sano, se supone representado por el punto o de la curva SS y FF de la fig. 2.^a, la marcha de los fenómenos en el estado *asténico* del mismo nervio, fatigado ó deficientemente nutrido, se representará como si las curvas de excitación y de fatiga (SS y FF) comenzasen en un punto más avanzado (en vez de o , en 10 ó 20); pues, en efecto, el nervio fatigado se hallará al principio de la serie de las excitaciones, como el descansado después de haber sufrido cierto número de ellas.

Para hacer patentes las modificaciones del estado *asténico*, y suponiendo que por efecto suyo el nervio, al empezar la serie de excitaciones, se halla en tal condición, que corresponde á la de un nervio sano que ha sufrido ya una serie anterior de excitaciones (por ejemplo: el estado que corresponde al momento 10 de la figura); suponiendo, además, que la *astenia* no es tan profunda que implique perturbación de las funciones nerviosas y que estas, por tanto, obedezcan á la misma ley que en el estado sano, los fenómenos de excitación y de fatiga y sus relaciones mutuas se representarán trasladando los puntos F y S al principio o de las dos curvas, ó lo que viene á ser lo mismo, subiendo el punto F hasta S y haciendo que la curva $F, F...$ siga el mismo movimiento.

Así se observa: 1.^o, que la excitabilidad absoluta inicial es menor que antes (el incremento Sa es menor que $S10$) y la fatiga inicial mayor (el incremento $F20$ es más grande que $F10$); 2.^o, que el punto en que se cruzan ambas líneas y que representa el agotamiento, se adelanta hasta S''' (para comprobar, trácese la curva partiendo de S) y por lo tanto viene antes que si las curvas partiesen de o ; es decir, que el agotamiento sobreviene todavía más rápidamente que en un nervio sano, cuya excitabilidad comenzará á apreciarse desde S , después de haber recorrido el período de excitaciones oS , porque entonces es cierto que el agotamiento está más cerca de S que lo estaba del punto de arranque o , pero no se adelanta en el trazado de las curvas que permanecen como en la fig. 2.^a, mientras en el caso á que nos referimos en vez de quedar el punto de cruce en o , se adelanta á S''' y el agotamiento se produce doblemente antes; 3.^o, que la superficie comprendida entre las dos curvas, la cual, en cierto modo, representa el trabajo útil de la actividad del nervio, disminuye considerablemente, con la particularidad de que el placer del trabajo, que corresponde al máximun de sensación con el mínimun de fatiga, y que puede considerarse indicado por la distancia mayor (M, M') entre las dos curvas, se hace

(1) Véase el núm. 291 del BOLETÍN.

mucho menor que el que marca la figura para la marcha normal de un nervio sano (subiendo la curva FF , el punto M' se acerca á M), aunque sobreviene más pronto.

De hecho, el estado asténico se caracteriza (independientemente de toda teoría) por la disminución de la inhibición, el aumento relativo (no absoluto) de la excitación y la más pronta fatiga. Lo que los autores ingleses llaman *debilidad irritable*, corresponde á un grado patológico de astenia, en el que el nervio es más *irritable* que en estado normal; es decir, que para una excitación dada, las reacciones motoras, por ejemplo, son más duraderas y extensas (tétanos, convulsión), y al propio tiempo estas reacciones conducen más pronto al agotamiento (*debilidad*).

El agotamiento nervioso, decíamos, se representa teóricamente por el punto donde se cortan las curvas S y F . Mas en la práctica se considera agotado al nervio antes de llegar á este punto y cuando se aproxima mucho á él; pues el punto mismo representa más propiamente el estado del nervio moribundo.

De hecho, el agotamiento de que puede tratarse en la práctica no es propiamente el agotamiento teórico ó absoluto, que sería igual á la anulación del nervio.

Por esto, el agotamiento nervioso se caracteriza por un primer estadio que corresponde á una astenia extrema con aumento de excitabilidad, y un segundo estadio de verdadero agotamiento teórico, en que más ó menos bruscamente (al pasar por el punto e) disminuye la excitabilidad del nervio.

En la fig. 2.^a es fácil ver que en un nervio sano el agotamiento principia después de la línea MM' , es decir, cuando disminuye el placer del ejercicio y la fatiga crece más rápidamente que la sensación. Y en efecto, si suponemos un nervio en este estado inicial, y siendo las mismas las líneas que en el nervio sano, los fenómenos sucesivos se representarán como si las curvas S y F empezasen en los puntos M y M' unidos, ó bien subiendo el punto M' hasta M y haciendo que la línea F siga este movimiento; con lo cual resulta que el nervio se halla desde el principio como el sano cuando llega al momento $6o$, es decir, en estado de agotamiento. En efecto, las curvas en este caso se tocan en M y se separan como con el punto correspondiente á $6o$.

En este caso toda excitación es dolorosa (irritabilidad); su incremento, escaso al principio, se hace pronto nulo, mientras la fatiga crece desmesuradamente, manifestándose entonces las perturbaciones agónicas del nervio. Las excitaciones instantáneas pierden su acción sobre él merced á la disminución de la excitabilidad; las continuas obran solo después de larga aplicación y ofrecen el fenómeno de la excitación intermitente por una

causa continua, en virtud del retardo de la conducción nerviosa, de una parte, y de otra por la reparación que el nervio consigue en el mismo período de agotamiento, mientras que sobre él no influyen las excitaciones, aunque actúen, lo cual le da un cierto reposo; y, en fin, sobreviene la muerte del nervio con absoluta inexcitabilidad.

La estenia (descanso), la astenia (fatiga) y el agotamiento se suceden en un nervio ó centro nervioso sano. Mas hay condiciones patológicas que pueden poner al sistema nervioso en un estado que corresponda al fisiológico de la astenia más ó menos vecina al agotamiento, por uno de estos dos grupos de causas: 1.^o, incapacidad de reposición por nutrición insuficiente; 2.^o, cierta inestabilidad nativa ó adquirida del sistema nervioso, que representa su incapacidad para acumular y retener potencialmente la suma de fuerza que corresponde al nervio esténico.

La fatiga y el agotamiento de un nervio sano se reparan prontamente por el reposo, que da ocasión á que los fenómenos nutritivos normales restablezcan el estado esténico normal. Solo en casos excepcionales, puede el agotamiento de un individuo sano causar la muerte ó comprometer la vida: ejemplo de ello es el conocido hecho histórico del soldado mensajero de la victoria de Marathon, que murió á consecuencia de una astenia aguda producida por un esfuerzo superior al que las energías naturales podían dar en un momento sin intervalos de reparación; del mismo modo que el ciervo perseguido por los cazadores suele morir por un agotamiento absoluto que la excitación sostenida é intensa durante mucho tiempo y la falta de reposo producen.

Pero si la reparación nutritiva es insuficiente, se produce un estado asténico morboso, cuyas causas concretas pueden ser: *A*) falta del debido tiempo de reposo; ó *B*) carencia en la nutrición de las condiciones necesarias, en los casos: *a*) de pobreza ó miseria, *b*) enfermedad del aparato digestivo y *c*) perturbaciones íntimas de la nutrición, que muchas veces son imposibles de determinar.

Los casos de falta de reposo ó nutrición insuficiente, por pobreza, provocan la neurastenia, por exceso de trabajo é insuficiencia de su remuneración, y comprenden numerosos hechos de gran importancia social, por ejemplo: la situación de la clase obrera, en cuyos individuos se reúnen aquellas dos causas, combiniándose con los trabajos rudos y comprensivos de un gran número de horas, que hacen corto el descanso; la alimentación escasa y malsana que los jornales permiten y que aún empeoran los malos hábitos producidos por la ignorancia: v. gr. el uso de los alcoholes como elementos nutritivos, la falta de higiene en las habitaciones, etc. Todos estos hechos reunidos promueven la neurastenia de las cla-

ses trabajadoras proletarias, cuyo natural mal-estar adquiere así explicación cumplida, que á su vez da fundamento y legitima las aspiraciones socialistas, en el punto que se refieren á reformas en la condición del obrero; como explica también las exageraciones y extravagancias que á veces hay en sus doctrinas, fruto de un desequilibrio nervioso intenso.

En igual situación respecto á la neurastenia producida por las causas *A* y *a* hállase el llamado «proletario de levita», en el cual, lo excesivo de las exigencias sociales en relación con la recompensa insuficiente que traen consigo las profesiones liberales, á que por lo general se dedica, le obligan á duplicar el trabajo y disminuir la alimentación. Temporalmente, pero de un modo intenso, actúan iguales causas sobre los estudiantes pobres, que viven de la caridad (como en nuestras antiguas Universidades) ó se contraen á casas de huéspedes que recuerdan aquella célebre pensión Vauquer de *Le Père Goriot*, ó la casa del Dómine Cabra, de *El gran Tacaño*, resultando una desproporción grande entre el gasto nervioso que la actividad mental pide y los resultados de la nutrición: máxime si, como es frecuente, tienen aún estos jóvenes que acudir á trabajos ajenos á sus estudios para subvenir á sus necesidades: v. gr. los alumnos de las Normales norte-americanas, que se contratan de mozos de fonda mientras siguen sus cursos.

Las causas *b* (enfermedad del aparato digestivo) y *c* (perturbaciones íntimas de la nutrición) producen verdaderos estados morbosos secundarios, que tienen principalmente, una importancia médica extraña á nuestro propósito. Mas ciertos casos del grupo *c* se confunden en su límite con la otra categoría de causas citadas; pues la inestabilidad á que esta se refiere, si no es propiamente una perturbación nutritiva, tiene una fase que se explica por ella.

En efecto la fatiga, que llega á ser habitual, cualquiera que sea su causa, engendra lo que se llama un estado degenerativo; y este, en cuanto representa la incapacidad del sistema nervioso para acumular y retener en potencia la suma de fuerzas necesarias, implica una perturbación de la nutrición. Así, Morel, el padre de la teoría degenerativa, estudia como motivos productores de aquel estado la miseria, el alcoholismo, la alimentación escasa ó malsana; sin que trate de la herencia, causa á la que luego se ha pretendido dar importancia excepcional para el hecho de la degeneración, sino en último término y solo considerándola como susceptible de transmitir algunas veces el estado degenerativo.

En suma, puede decirse que la degeneración es una especie de fatiga organizada, que ha causado estado, creando una segunda naturaleza y una *variedad morbosa de la especie humana* (Morel), que, como todas las

variedades, puede transmitirse por la herencia.

Con esto coincide, por ejemplo, la teoría de Benedikt, respecto á los delinquentes habituales. Presentan estos un tipo de degeneración, según la terminología y las ideas de la escuela positivista de antropología criminal; pero esta degeneración consiste, no en un salto atrás ó en un retroceso á grados inferiores de desarrollo, sino en la fatiga de los centros y las fuerzas nerviosas, que hace inepto al sujeto para la ejecución de actos que requieren alguna energía ó cierto grado de excitación. Por esto, de un lado, rechaza como un dolor, como un motivo de gasto nervioso superior á sus fuerzas, el *trabajo*, la reflexión, la lucha normal por la vida, y cede á los que representan un grado menor de esfuerzos, de iniciativa, de tensión nerviosa: *el juego*, los placeres, la holganza, la impresión primera; y á la vez, las tentaciones del medio ambiente en que vive lo encuentran más débil, con menos fuerza de reacción contra ellas que al hombre normal, y concluyen por dominarlo, haciendo de él un puro mecanismo de las excitaciones contra las cuales no puede reaccionar.

Resulta por tanto que, considerados solo los fenómenos del momento, aparte de las condiciones causales que los determinan y de los estadios anteriores de la evolución, de que ellos son un último término, la fatiga (astenia) y la degeneración ofrecen iguales caracteres, de tal modo que la fatiga puede ser considerada como una degeneración transitoria y la degeneración como una fatiga permanente adquirida ó heredada.

Así, pues, en una y otra se ofrecen la fácil excitabilidad y la insuficiente inhibición, con los demás fenómenos graduales, que hemos explicado más arriba, hasta la muerte del nervio.

La sucesión de estos fenómenos realizaría una serie constante en un solo elemento nervioso; pero el nervio más sencillo contiene múltiples elementos que, por no hallarse contemporáneamente en la misma fase de fatiga, presentan en el hecho una variada combinación de aquellos fenómenos, resultante de las fases diversas de agotamiento en que se halla cada elemento.

Con mayor razón, cuando se considera en conjunto el sistema nervioso, y sobre todo cuando la fatiga y agotamiento recae en un solo sistema (ejercicio corporal ó mental exclusivo, etc.), el agrupamiento de los fenómenos de fatiga puede ofrecer múltiples combinaciones. Y conviene á este propósito desvanecer un error muy común, cual es el de que la fatiga de dos sistemas diversos se compensa, como parece creerse al recomendar la fatiga corporal para prevenir los malos efectos de la mental. Aparte del descanso que la variación de trabajo implica, no es cierto que tal compensación exista; sino que por el contrario, el

miembro fatigado exige un exceso de nutrición que roba á los demás órganos, dejándolos así en una especie de fatiga previa que los coloca en situación desventajosa para su propio trabajo.

El análisis de los hechos descubre, en cualquier género de fatiga ó degeneración uno ú otro de los fenómenos que consideramos, ó bien manifestaciones que son su expresión. Así el fenómeno vulgar de que en la fatiga corporal los miembros parecen más pesados representa el aumento de excitabilidad, en cuanto que siendo el mismo el excitante (peso de los miembros), la excitación y sensación es mayor; y en la neurastenia los ruidos más insignificantes se hacen á veces insoportables y como dolorosos, por la misma razón. Hasta la susceptibilidad moral de los literatos (de ordinario neurasténicos) podría referirse á la misma causa. La disminuída inhibición se muestra en el temblor general que acompaña á los esfuerzos corporales en el período de fatiga (dificultad de escribir después de hacer gimnasia ú otro ejercicio violento); y mentalmente, en la imposibilidad de concretar la atención (inhibición de las series de ideas accesorias) al fin de una larga lección, por ejemplo; la falta de agilidad de un hombre fatigado corporalmente, y la torpeza y tardanza para comprender, en la fatiga mental, son efectos complejos en que tienen gran parte el retardo de la conducción nerviosa y la disminuída actividad de los excitantes momentáneos.

También interviene á veces en estos fenómenos la excitabilidad intermitente del último período de agotamiento; así un hombre fatigado, que se duerme en una postura incómoda ó sobre un objeto que le mortifica, no nota tales molestias hasta que con el reposo se regenera la excitabilidad y entonces despierta dolorido.

En todas las consideraciones anteriores se ha mirado la fatiga solo dinámicamente; y aun cuando se ha tenido que hacer alusión á las condiciones nutritivas, que forman, por decirlo así, el aspecto orgánico de la cuestión, no se ha insistido, para dar mayor claridad á las explicaciones, en este punto de vista.

Conviene ahora examinar rápidamente este importante aspecto.

La creación orgánica acumula, por procedimientos todavía ignorados, una gran cantidad de fuerzas en los centros nerviosos; y la actividad de estos determina, por su parte, una destrucción constante de esas fuerzas. Los productos de esta destrucción modifican la reacción química de los músculos y nervios, que se vuelven ácidos por su función; también pueden descubrirse en la orina los materiales últimos de la disgregación orgánica que acompaña á toda actividad. El importante papel que estos fenómenos desempeñan en la vida se pone más de manifiesto, considerando que los citados productos, no solo embarazan los teji-

dos y la sangre, dificultando así la nutrición, sino que según recientes investigaciones ejercen una acción tóxica sobre el mismo órgano en que se producen.

A esta acción tóxica se refiere, por ejemplo, la teoría de Preyer sobre el sueño, que, según él, sería producido por la acumulación en el organismo de los productos de desasimilación, capaces de ejercer un efecto narcótico. Ya antes que Preyer, ciertos investigadores ingleses, tratando de estudiar la absorción de la quinina en los animales, hallaron que los tejidos contienen naturalmente una substancia análoga á la quinina misma, y pretendieron explicar la acción de este medicamento, suponiendo que la substancia natural análoga á él tiene por función en el organismo restringir las combustiones y disminuir, por tanto, la temperatura animal; por donde la acción de la quinina, medicamento administrada, se explicaría por una especie de engaño del organismo, que creyéndose saturado de su propia substancia química haría bajar la temperatura.

Este aspecto de la cuestión no tiene un papel secundario, sino tan principal, que los primeros trabajos sobre el *surmenage* de los animales (Arloing), antes de pensarse en el *surmenage* escolar ó humano, se han hecho desde este punto de vista; poniéndose en ellos de relieve las modificaciones químicas que sufren los músculos y nervios de los animales que mueren por exceso de fatiga, así como los fenómenos de rápida putrefacción que en este caso se observan, y que están ligados á las mismas perturbaciones nutritivas.

Los recientes trabajos sobre las *leucomainas*, productos tóxicos elaborados por el organismo vivo, han venido á comprobar la importancia de este aspecto de la cuestión. Así, el valor del reposo, no solo depende de que da lugar á la reparación nutritiva, sino de que permite la eliminación de aquellos productos de las combustiones; pues, en efecto, un organismo podría trabajar hasta que se agotasen todos los materiales nutritivos que en él halla acumulados, y si la muerte llega en el *surmenage* agudo antes del agotamiento, es, sin duda, por efecto de la acción tóxica de los productos de desasimilación.

En la neurastenia, la acumulación de estos productos explica ciertos fenómenos análogos á los de algunas intoxicaciones crónicas (morfina, alcohol), y la influencia que la combinación de estas con la neurastenia tiene para agravar el estado de los pacientes. Bajo este punto de vista, la fatiga y la neurastenia son comparables á envenenamientos, y la degeneración que de ellas resulta se puede poner en paralelo con el estado valetudinario de los morfomanos, aun después de abandonar el uso de la morfina: pues el organismo adquiere una especie de segunda naturaleza que impide la acumulación suficiente de fuerza nerviosa, al

mismo tiempo que todo el sistema ofrece mayor inestabilidad; condición que como todas las individuales puede ser transmitida por herencia, viniendo á formar la base orgánica de la degeneración hereditaria.

(Continuará.)

LA ENSEÑANZA DEL IDIOMA,

por el Prof. D. José de Caso,

Cat. de Sistema de la Filosofía en la Univ. de Madrid.

(Conclusión) (1).

III.

LA GRAMÁTICA.

Si aprender, en efecto, á ver las oraciones y á discernir los grupos que forman es una necesidad que á todo el mundo se impone con mayor ó menor imperio; y si lo es naturalmente (porque lo uno implica lo otro) el conocer las significaciones particulares de sus palabras, no puede decirse otro tanto sobre el hecho de que esas palabras se clasifiquen en nombres, verbos, adjetivos, etc., y de que revistan tales ó cuales formas. El que es capaz de analizar un párrafo por su sentido no echará de menos semejantes cosas, si no las sabe; ni se acordará de ellas, *para ese fin*, si las sabe. Y el que no pueda analizar por su sentido una expresión, adelantará bien poco con reconocer las categorías de palabras que abraza y los accidentes que presentan. Yo me creo dispensado de citar testimonios, porque el caso de individuos (jóvenes y adultos) que han aprendido á hablar de nombres y pronombres, de adjetivos y de verbos, de preposiciones y conjunciones, de géneros y números, de tiempos, de modos y de voces; y en el género, v. gr., del masculino, del femenino, del neutro, del común de dos, del epiceno y del ambiguo; y en los tiempos, de pretéritos imperfectos, de pretéritos perfectos y de pretéritos pluscuamperfectos, con la subdivisión consiguiente de los de indicativo y los de subjuntivo, y los de la voz activa y los de la pasiva, y qué sé yo cuántas cosas más, capaces de helar de terror al infeliz que oye ese estruendo, si no hay quien le prevenga de que no se trata de hacer muertos ni heridos, sino salvos de ordenanza: el caso, digo, de niños y de hombres que han aprendido á hablar de todas esas cosas, sin estar más enterados que antes de lo que leen ó escriben, ni saber mejor lo que se dicen y se piensan, es tan frecuente, tan maravillosamente abundante, tan sabido y deplorado por todo el mundo, que sería hacer una injuria al lector

suponerlo necesitado de ilustraciones en la materia. Porque—nótese bien—todas las formas generales y constantes, ó, como se dice, regulares, que afectan nuestras palabras en sus diversas combinaciones, las conoce y usa un niño desde sus más tiernos años, por lo mismo que son las que á todas horas se repiten; tanto, que la gramática infantil, como es sabido, es mucho más regular que la de los adultos. Y en cuanto á las formas excepcionales, que llamamos irregulares, no solo las va aprendiendo del mismo modo á medida que oye usarlas, sino que fuerza es que se acostumbre á su uso si ha de aprenderlas; para eso están la conversación y la lectura. Mas, si están para eso estos medios naturales y necesarios de enseñanza, ¿qué queda, tocante al conocimiento *general* del idioma, fuera de lo que el uso mismo revela, ni qué tiene que hacer entonces el maestro, sino fomentar inteligentemente ese uso y el espíritu de análisis de los niños dentro de los límites notados hasta aquí?

No es lo mismo—se objetará—saber decir por rutina, llegado el caso: *yo deseo* ó *yo desearía*, que saber por qué se dice lo uno ó lo otro. Perfectamente; pero un niño que aprende la gramática al uso, no está más enterado de ese «por qué» que el que no la ha visto en su vida. La única diferencia que hay entre los dos es que el uno afirma que *yo desearía* es *primera persona del singular del pretérito imperfecto del subjuntivo de la voz activa del verbo desear*, y el otro no se compromete con declaraciones tan temerarias. Temerarias—no cabe duda—porque, si el infeliz gramático ha de dar cuenta estrecha de los motivos personales que tiene para apodarar pretérito á ese *desearía* y tacharlo de imperfecto, yo no sé qué podrá alegar en su descargo; pero, si sobre eso ha de explicar satisfactoriamente sus restantes imputaciones, entonces ya es imposible prever las consecuencias del desastre. ¿Cómo va á salir de pasos tan peligrosos como el del subjuntivo y el de la voz ó tan traidores como el del verbo?

Pero hé aquí la cuestión, aunque parece que no debía ser cuestión. ¿Cómo se prescinde de una nomenclatura que, al revés de otras, tiene el raro privilegio de andar en boca de todo el mundo y cuya ignorancia incapacitaría á los niños para entenderse con nadie, al salir de la escuela, en cosas tocantes á su idioma ó á cualquier otro idioma de los que puede interesarle conocer en su día? Si nuestros escolares, en vez de ser españoles, fuesen tibetanos ó annamitas, v. gr., la cosa se remediaría fácilmente: porque como no encontrarían en su diccionario esas distinciones de nombres, adjetivos, verbos y demás categorías de palabras con que contamos nosotros, ni usarían sus voces con accidentes, por la sencilla razón de que no los tendrían, la mayor parte

(1) Véase el núm. 307 del BOLETÍN.

de nuestra nomenclatura gramatical estaría de sobra, y ellos se hallarían por ese lado en el mejor de los mundos posible. Pero, como su idioma posee una estructura determinada; como la mayoría de los que puede importarle estudiar alguna vez tienen una organización parecida y como la nomenclatura en litigio corresponde á esta organización, y es de uso común en casi toda Europa, que la tomó de la gramática latina, las criaturas no pueden volverse á ninguna parte sin tropezar con su enemigo jurado.

¿Qué hacer en su auxilio? Yo me hago la pregunta muy en serio, aunque parezca que el asunto solo se presta á bromas. ¿Se ha de prescindir de la nomenclatura? Si solo se atendiese á los daños que ocasiona en la primera enseñanza, ¿quién no experimenta esa tentación? Son hoy ya muchos en Europa los que convienen en que la gramática tradicional, á vueltas de tres ó cuatro cosas de algún sentido, está impregnada de tantos absurdos y plagada de tantas nimiedades como sus hermanas la lógica tradicional y la retórica (el famoso *trivium*), y que á esos absurdos y á esas nimiedades se sacrifican cosas de un interés serio en la educación. Otros, sin pronunciarse resueltamente en contra, confiesan que la gramática es una rueda que decididamente no marcha bien, y desde luego que no engrana con las que ha introducido la pedagogía moderna en la enseñanza escolar. ¿Por qué será?—se preguntan. Y esta interrogación puede oírse por todas partes en nuestro país y leerse en mil informes del extranjero sobre la marcha de las escuelas europeas. ¿Quién es ya, Dios mío, el que se siente con la bastante abnegación para defender incondicionalmente la causa de una enseñanza gramatical, según el tipo de la que ha reinado en la escuela antigua? Porque—volvámoslo á decir—esa enseñanza, después de sometida á una disección sincera, se reduce á una nomenclatura que los niños acostumbra á usar y á aplicar, según las instrucciones que al efecto reciben, pero sin saber qué hay en el fondo de la mayoría de las cosas á que la aplican, ni estar muy seguros, por consiguiente, de la importancia, ni menos de la necesidad de la aplicación.

Ahora bien: suprimir la nomenclatura en la escuela, cuando no hay otra, y cuando expresa conceptos casi vulgares, que circulan á todas horas entre gentes de una cultura media, no sería preparar á los niños para el comercio intelectual ordinario. De la enseñanza primaria se debe proscribir toda la parte del diccionario que sea propiamente técnica, pero no el vocabulario de las personas cultas, porque, para ignorarlo, no es menester pasar por la escuela. Y la consecuencia es obvia: se han de aprender las palabras, tienen que adquirir las ideas á que correspon-

den; y como esas ideas exigen bastantes datos y no pequeña reflexión, hay que ofrecer á los alumnos los datos y despertar su reflexión sobre ellos. Es cuanto puede hacerse en su beneficio: procurar que, si han de hablar un lenguaje algo extraño, lo entiendan, porque aunque la nomenclatura gramatical es una dificultad evidente para los niños, lo es mucho más grave el tener que emplearla sin saber lo que se dicen; y la raíz más honda del mal que se lamenta está aquí.

Pues, originariamente, eso ha debido ocurrir con todas las categorías de palabras y con todas las formas accidentales á que debe su organización compleja los idiomas superiores. Esa organización, que, como se sabe, es en lo que consiste la *gramática* propiamente dicha, no es sino la solución más progresiva que ha recibido en varias lenguas el problema sintáxico común á todas, planteado en el capítulo precedente, á saber: dadas las voces primordiales que un pueblo asocia á sus ideas, ¿cómo traducir todas las asociaciones en que á su vez pueden tales ideas ofrecérsele? Ahí empieza el ministerio de la gramática: toda ella se resume en la sintaxis.

Pero si la gramática no es más que un perfeccionamiento introducido en la solución del problema sintáxico, es claro que no es posible comprenderla y apreciarla en su justo valor, sino volviendo la vista á las soluciones más rudimentarias del problema, á fin de precisar qué es lo que la gramática ha añadido por su parte á la sintaxis primitiva, hasta donde podemos imaginarnos nosotros esa sintaxis mediante comparaciones de nuestro modo de hablar con otros más rudimentarios. Hé aquí el terreno á que hay que llevar al alumno, si ha de despejarse un poco la incógnita, si ha de disiparse algo la atmósfera del misterio en que permanecen envueltas para él las cuestiones gramaticales. Y al decir que hay que llevarlo á ese terreno, me fundo en que, hasta el presente, no conocemos otro; de modo que, ó se le lleva á ese, ó no se le lleva á ninguno, y nos quedamos sin gramática. Somos muy dueños de elegir; pero hay que elegir.

¡Eso es absurdo, sin embargo! Podrá clamar alguien.—¿Qué entiende un niño de comparación de lenguas?—Según y cómo: en punto á conocimientos *especiales y científicos*, nada; en punto á hechos *generales* expuestos en una forma vulgar, todo. ¿Ocurre otra cosa con las demás enseñanzas? Ya sabemos que el que una cualquiera pueda incluirse ó no en el programa escolar, no depende de su objeto, sino del grado y forma en que se incluya. Pues eso pasa aquí: para que el niño compare la sintaxis de una expresión castellana con su análoga china, por ejemplo, no es menester que él sepa el idioma del celeste imperio ni el maestro tampoco. ¡Desgraciado de

mí, si fuese yo el maestro, y se me exigiera cosa semejante! Basta que el profesor tenga á mano un librito de lingüística (1); que consulte las noticias que le dará sobre la manera de construir sus oraciones los chinos, y que él mismo imite esa manera de construir con palabras castellanas. Esta me parece una obra muy útil, aunque solo sea por lo que contribuiría á despertar la atención de los niños sobre cuestiones de que muchos no oirán hablar en su vida, si no oyen algo en la escuela. Y la tarea no tendrá nada de enojosa; al contrario, esas comparaciones son una diversión para los muchachos, por los contrastes—como que el efecto, para ellos, en mil ocasiones, es el de un disparate inverosímil.

Pues bien: cualquier lengua monosilábica (cuyas palabras son simples monosílabos invariables) nos ofrece ejemplo de una sintaxis bastante rudimentaria con respecto á la nuestra, y donde apenas se vislumbra esa organización de las expresiones en que consiste la gramática. Comparemos sus frases con las nuestras. Sus oraciones no se componen de las diversas clases de palabras que nosotros empleamos; una misma palabra equivale, en tal oración, á un nombre; en tal otra, á un adjetivo; en una tercera, á un verbo, etc. Podemos formarnos idea de voces así, pensando en algunas de nuestro idioma, como *vegetal* ú *oficial*, que se usan indistintamente en concepto de nombres y adjetivos; y mejor todavía, en una como *ejemplar* que, además de ser hoy ambas cosas, se ha empleado en otro tiempo como verbo (sacar copias, copiar); de modo que podría hablarse con esa sola palabra, ora de un «hombre *ejemplar*,» ora de un «*ejemplar*» (de una roca, v. gr.), ora de «*ejemplar* (ó copiar) documentos». Este caso, excepcional para nosotros, es el común en una lengua monosilábica, y tanto más, cuanto más puramente monosilábica sea, porque, si no, puede haber progresos que desorienten, como en el chino.

Nada de esto debe sorprender, cuando se recuerda á qué se reducen las exigencias de la expresión. Si cada oración ha de traducir una referencia de ideas, lo que la más sencilla exige no es más que unir á la designación oral de la idea-sujeto la de la idea-atributo, como cuando exclamamos: «¡hombre *ejemplar*!» sintetizando nuestro juicio sobre una persona. Pero si en nuestras asociaciones mentales todas las ideas ocupan alternativamente, ya el puesto de sujetos, ya el de atributos, en sus expresiones orales, todas las voces que designan esas ideas tendrán que ocupar asimismo unas veces el puesto de sujetos,

y otras el de atributos, á menos de existir dos ejemplares diferentes de cada palabra al servicio de esa dualidad de funciones: cosa que apenas se vislumbra en las lenguas verdaderamente monosilábicas. Y así, el problema sintáctico, ó sea la necesidad de indicar la referencia de los términos de la oración: cuál deba tomarse por sujeto y cuál por atributo, no se resuelve más que por el puesto relativo que ocupan. Para un chino, el primero que suena representa al sujeto y el segundo al atributo, porque tal es el orden en la expresión china. Las voces por sí, aisladamente, nada especifican.

Supongamos ahora que la oración, en vez de constar de dos palabras solas, se compone de varias. En lo esencial, nada cambiará. Todas esas palabras se dividirán en dos grupos, que son respectivamente el sujeto y el atributo; y cada uno de estos se descompondrá en una serie de referencias particulares como la de cada oración simple. Tomemos un caso cualquiera de concordancia dentro del sujeto, y veremos que es una referencia mediante la cual la idea de la palabra concordada determina á la de la palabra con que concuerda: la voz determinada hace, pues, veces de sujeto; la determinante, de atributo. Tomemos un caso de régimen; un caso de simple aposición ó yuxtaposición: pasará lo mismo. Repitamos el análisis con las relaciones de las palabras que compongan el atributo, y encontraremos solo casos de régimen, ó concordancia, ó aposición: otros tantos casos de referencia de una palabra determinante (atributo) á una palabra determinada (sujeto). Lo que hay es que, en una expresión de tal complejidad, la intención del que habla no es indicar una de esas referencias simplemente, sino aquella que ha llegado á establecer entre los dos grupos de relaciones, que reducidos á meras partes de la que entonces interesa (la oración), pierden su independencia, se subordinan á esta principal.

No nos extrañaremos, pues, de que una lengua monosilábica exprese por punto general cada una de esas referencias incidentales—por la mera yuxtaposición de los dos términos, por el orden en que se suceden. En lenguas casi sin recursos para organizar sus materiales, las voces, estas se suceden de modo que apenas se advierte su valor relativo en la frase, sino por sus relativas posiciones.

El problema parece que no ha recibido más que una solución fundamental, aunque sus pormenores varíen de pueblo á pueblo y de una fase á otra del desarrollo de cada lengua. La dificultad nacía de que cada palabra no se bastase á sí propia para definir su valor relativo en la frase? Podía agregársele una segunda, que no sería un nuevo término de la frase, puesto que no entraría en ella más que para fijar el papel de la primera en el conjun-

(1) Con un libro de pequeñas dimensiones, como *La lingüística* de Hovelacque, hay muy suficiente; y no es necesario leerlo todo, ni mucho menos, sino consultar de vez en cuando algunas páginas.

to. Tal ha sido el destino de varias voces en las lenguas, y tal la base de la primera distinción, al parecer, en su material expresivo. Ciertas voces descendían á la condición de auxiliares, *secundarias*, y el resto, la inmensa mayoría, quedaban como *principales*.

Consideremos lo que puede suceder con esas palabras secundarias al cabo de largo tiempo. Puesto que no se usan por lo que son y valen en sí, sino por el auxilio que prestan á las demás, su significación primitiva está expuesta á olvidarse, ya que nadie se preocupará sino del *efecto* que produce aquel auxilio. Este efecto, á todas las generaciones lo irá enseñando la experiencia; pero la significación de origen puede acabar por perderse, sobre todo si la pronunciación (más descuidada cuanto más subalterna es la palabra), la abrevia y desfigura hasta reducirla á una mera sombra. Entonces, á nadie pasará por las mentes que esas palabras han valido algún día lo mismo que cualquier otra, como miembros libres de la expresión, antes de caer en su condición servil. Estas son para nosotros las preposiciones; no poseen ya más que un valor puramente relativo: contribuyen á determinar las referencias parciales y subordinadas de las oraciones complejas, enlazando *partes* determinadas del sujeto ó del atributo, no á este con aquel.

Pero ha sucedido más. Algunas voces auxiliares llegaron á amalgamarse en la pronunciación con las principales á que acompañaban; y así esas voces, simples é inalterables al comienzo, se hicieron complejas y de varias formas.

Hay multitud de lenguas en que estos elementos amalgamados conservan su fisonomía peculiar lo bastante para descubrir el artificio y reconocer que esas palabras complejas no son más que agregados de voces simplemente aglutinadas. Entre estas lenguas *aglutinantes* (el magiar, el turco, etc.), ó no muy lejos de ellas, se considera á nuestro vascuence. Pues bien: un caso de aglutinación interesante es el que da origen al verbo. Consiste fundamentalmente en unir, á la palabra que expresa el atributo de la oración, el pronombre que indica si el sujeto á que se refiere es el mismo que habla, ó aquel con quien se habla, ó una tercera persona ó cosa, etc. Es una manera bien categórica de decir que aquella palabra va referida al sujeto, que debe tomarse solo como atributo; es distinguir la referencia principal, en que consiste la oración, de las secundarias, definidas á su vez, según se ha visto, por otras voces auxiliares.—Y, por si no fuera suficiente, incorporáanse de igual manera al mismo vocablo otros de los que con más frecuencia determinan las atribuciones; no queda duda, pues, de que la voz á que acompañan es el atributo. Es lo que sucede con las palabras expresivas del *tiempo* á que se

refiere cada atribución con respecto al momento en que se formula—si ha de entenderse como anterior, posterior ó simultánea á ese momento, es decir, pasada, futura ó presente. De modo que lo que nosotros expresamos diciendo: *quiero*, lo expresará una lengua aglutinante con una palabra que equivaldrá á estas tres: *querer—ahora—yo*. Y por el mismo principio, para acortar razones, *no quiero* se dirá en algunas de esas lenguas: *querer—ahora—no—yo*; todo en una palabra aparentemente, aunque con cuatro en realidad.

Adjetivos y verbos, pues, para los fines de una clasificación del vocabulario, son palabras atributivas; tienen, por consecuencia, un destino común, correspondiente á una exigencia fundamental de la expresión. Pero lo que hay de atributivo en ambos es la expresión, no lo expresado; el modo de designar las ideas, no las ideas designadas; porque, si esas mismas ideas se designan de una manera propia (sustantiva en vez de relativa), entonces cada designación es un nombre puro, y nada más, sea ó no sustantivo lo denotado por él: es la apelación propia de un sér ó de un objeto, como de una cualidad, ó de una acción, ó de una relación, ó de cualquier otra cosa: todo tiene su nombre, y el diccionario primitivamente no es más que un nomenclator.

Ahora bien; como estos distintos modos de designar las ideas no existirían, si las voces simples é inalterables que las expresan no hubiesen adquirido diversidad de formas según su destino en la frase (á la manera del verbo), es claro que el nombre, el verbo y el adjetivo no representan tres clases diversas de palabras, aunque como tales las consideremos para conformarnos al uso habitual de pensar y hablar, sino tres variantes de que es susceptible toda palabra primitiva, toda raíz. Para formar juicio exacto de su distinción, pensemos en tres voces de esas categorías, procedentes, no de diversos orígenes, como *hombre, malo* y *amar*, sino de una matriz común, como *hombre, humano* y *hombrear*. Porque lo que hay en todo esto es una diferenciación de las palabras radicales, promovida por exigencias sintáxicas que satisfacen otros idiomas sin apelar á ese recurso; por manera que, si no vemos el desdoblamiento, no vemos lo que distingue en este punto á una lengua como la nuestra de otra monosilábica, á saber: que su material expresivo ha venido labrándose de un modo más ó menos adecuado y dando origen á piezas especiales, encargadas de funciones especiales también en el mecanismo de la expresión; con lo cual esta ha adquirido esa organización característica que constituye la gramática.

Dicho esto, completémoslo, notando que el nombre, el adjetivo y el verbo, palabras que se distribuyen los papeles esenciales en la oración, son sus miembros principales en las

lenguas donde se ha establecido esa distribución de funciones. Las demás palabras entran en la oración, no directamente, sino como auxiliares de las principales, aunque entendida esta misión en un sentido lato. Entre estas voces anejas á las principales, unas lo son de las sustantivas (los pronombres y artículos) y otras de las atributivas (los adverbios). Los pronombres son originariamente nombres —nombres relativos ó de referencia— punto sobre el cual es ocioso insistir, porque á esa su naturaleza primitiva deben su función de sustitutos, en cuyo desempeño se nos presentan como palabras independientes (incluso los posesivos, cuando se sustantivan). Ejercen además otra auxiliar de mucha importancia, como *adjuntos de los nombres comunes*. Es imposible tener un nombre propio para cada cosa determinada; y, sin embargo, necesitamos hablar continuamente de esas cosas individuales, disponiendo solo de la denominación apelativa que, lo mismo que á una, conviene á todas las de su género. Pues los pronombres sirven para restringir la aplicación de los apelativos, hasta *singularizarla*. Nombre propio no lo tienen, naturalmente, las manos de cada persona; pero no por eso dejará ella de designarlas de una manera tan definida como si lo tuvieran; dirá: «*mis manos*». Con este destino de los pronombres se relaciona íntimamente el de los artículos: tan íntimamente, que nuestro artículo definido no es más que un pronombre transformado para oficios puramente auxiliares, y que, por consiguiente, ha perdido su independencia. Cuando se mira á su uso más característico, pronto se descubre su función de pronombre. Ese uso consiste, como se sabe, en unirlo á un nombre común, siempre que representa, no todo el género de sus individuos, sino solo uno ó algunos de estos, de que ya tiene noticia la persona que oye, para que sepa que se trata exclusivamente de *aquel* ó *aquellos*. Y la prueba de que es este el papel auxiliar del pronombre, es que dicho uso del artículo puede reemplazarse por un pronombre. Así, decir á un niño: «vete á *la* cama», equivale á decirle: «vete á *tu* cama». ¿Qué distingue, pues, al artículo, del pronombre á que debe su origen? En mi sentir, el mero hecho de que, por analogía, se ha extendido su uso á todos los casos en que la aplicación del nombre común es definida, aunque no sea singular; por oposición á aquellos otros en que esa aplicación queda indeterminada. Los primeros son dos: el que acaba de mencionarse, y aquel en que el apelativo indica todo el género á que corresponde, y que, tomado en conjunto, es único. Los segundos, los casos de indefinición, se reducen á uno: aquel en que con un nombre apelativo se designa uno solo, ó varios, de los individuos del género, sobre los cuales no tiene antecedentes la persona que oye, ni se los da la que

habla, porque no le interesa que se fije sino en uno cualquiera, importándole poco que sea este ó aquel. Pero si la aplicación del nombre común á casos particulares definidos podía advertirse mediante la anexión de los pronombres, no así las otras dos. No era posible distinguir estas últimas, á menos de convertir en auxiliar alguna nueva palabra; y eso se ha hecho con el numeral *uno* para designar los casos particulares de la aplicación del nombre, cuando se dejan indefinidos. Era natural la elección, siempre que se quisiese indicar *un solo* caso, puesto que el numeral expresa esa singularidad de la aplicación, dejando indefinida la unidad designada dentro del género. Y también se concibe que, al querer aludir á varias unidades igualmente indefinidas, se pluralizase la palabra, y se dijese *unos*, queriendo dar á entender *varios uno*, varios objetos como uno cualquiera del género nombrado.

Así como los artículos y los pronombres son voces anejas á las palabras sustantivas, el adverbio lo es á las atributivas—verbos y adjetivos;—y como todos los vocablos principales son aptos por su origen para todos los oficios, y por ello pueden sustituirse recíprocamente, cuando un nombre se use en sentido atributivo, podrá llevar adverbios. Se concibe el papel de estas voces, notando que todas las palabras que se emplean como atributos en una oración, clasifíquese las como se quiera, pueden recibir también atributos, pues cada una expresa una idea tan determinable como cualquiera otra, por el mero hecho de serlo (según el principio de la asociación intelectual). Estos atributos subalternos de los atributos son los adverbios.

Claro es que, reduciéndose toda atribución á asociar una idea á otra, y pudiendo ocupar todas las ideas, en esas asociaciones, ya el puesto de sujetos, ya el de atributos, todas las palabras-radicales ó raíces de un idioma son igualmente necesarias y útiles para la expresión de estas atribuciones subalternas. Pero, cuando esas palabras han salido de su distinción primitiva, y adquirido formas especiales para sus varios destinos en la oración, emplearlas en tales formas con aquel fin, esto es, usar los nombres (ó pronombres), los adjetivos y los verbos, sin distinción, como adverbios, hubiese sido inutilizar en buena parte el progreso conseguido con la distinción de las palabras principales según sus funciones: puesto que hubiera equivalido á confundir con ellas voces que debían entrar en la expresión, como anejos de algunos de sus factores. Así se explica que los vocablos destinados á este fin se distinguen casi siempre de los principales, por su forma, á pesar de ser derivaciones suyas (salvo los poquísimos adverbios que proceden directamente de las fuentes comunes de las raíces). Y se explica también, dado

el oficio atributivo de estas voces, que la inmensa mayoría provengan de los adjetivos, es decir, de las que ejercen en los idiomas de una manera simple y general el oficio de atributos. Y se explica, en fin, dada la generalidad de ese mismo oficio, y su exigencia en todo idioma algo desenvuelto, que haya caminos expeditos para su continua formación (como pasa entre nosotros con los adverbios en *mente*, amén de la posibilidad de convertir locuciones en adverbios); mientras que, al contrario, se concibe que pueblos de un pensamiento y de un lenguaje muy rudimentarios, ó no lleguen hasta ese grado de determinación que origina los adverbios, ó lo hagan en escala tan mínima, que no sientan la necesidad de palabras especiales para ese fin. En este caso se encuentra, según Wuttke, la lengua de Accra: la cual, no obstante poseer cierta estructura gramatical, carece, sin embargo, no sólo de adverbios, sino de preposiciones, de comparativos, de formas pasivas, y no cuenta con más de media docena de conjunciones.

Si se incluye, pues, á los adverbios en el número de las palabras que se anexionan á las principales para determinar su sentido, sólo queda ya, dentro de la oración, otra categoría de voces, igualmente auxiliares, mas no para determinar su significación propia, sino para definir su puesto y valor relativos en el conjunto: las preposiciones.

Así, pues, todo el material de la oración en una lengua de flexiones, llegada al grado máximo de desarrollo que se conoce en la historia, á ejemplo de la nuestra, podría clasificarse quizá de este modo:

A.—Palabras *principales*: 1) *Sustantivas*: nombres y pronombres, cuando se usan como voces independientes.—2) *Atributivas*: a) generales (adjetivos); b) especiales (verbos).

B.—Palabras *auxiliares*: 1) Para determinar la significación de las principales: a) anejas á las sustantivas (pronombres y artículos); b) anejas á las atributivas (adverbios).—2) Para indicar referencias entre términos del sujeto ó del atributo que no revelen estos en su forma (preposiciones).

Si á este material de la oración se unen las voces reservadas para indicar las referencias entre las oraciones, ó entre miembros de períodos, ó entre los períodos, ó en general, entre las distintas secciones del discurso, tendremos á la vista todo lo que ha dado de sí, hasta donde sabemos, el desarrollo de las lenguas.

Anticipé, al entrar en estas observaciones, que, en mi sentir, nos precipitamos un poco al dar por supuesto que las cosas de gramática son lo más llano y sencillo del mundo—no sé qué quiere decir, si no, el relegarlas á la escuela primaria;— y que, lejos de eso, es imposible entenderlas, sin muchas explicacio-

nes, de que solemos hacer caso omiso. Lo anterior vale como un ejemplo del orden de problemas que salen al paso de continuo, cuando se toca cualquier punto gramatical; y creo que hay que ser muy optimista para suponer que esos problemas se entienden en un minuto, ó que su esclarecimiento puede sustituirse por unas cuantas definiciones. Ahora bien: si los problemas se imponen—y esto es lo único en que yo insisto por mi parte—no veo cómo pueda hablarse de gramática sin abordarlos, aunque sea tan sumaria y ligeramente como hay que tratar todas las cuestiones en la enseñanza primaria. Y como, para abordarlos con niños, es menester que los hombres rectifiquemos ante todo nuestro análisis gramatical corriente, porque ni nosotros lo entendemos, ni menos podemos tener la pretensión de que ellos lo entiendan, por eso, de lo único que me he ocupado en este capítulo, es del camino que, en mi sentir, puede llevarnos á esa rectificación. ¿Es bueno? ¿Es malo? Eso á cada cual le toca decidirlo; pero, si es inaceptable, no se juzgará exagerada mi insistencia en esta conclusión: hay que buscar otro. Todo, menos seguir el conocido y trillado hasta el presente.

SOBRE LA REORGANIZACIÓN

DE LOS ESTUDIOS DE FACULTAD,

por algunos Catedráticos de varias Universidades.

(Conclusión) (1).

17. *Resumen de las principales modificaciones.*—Muchas son, sin duda, las reformas indicadas en las observaciones que preceden; y muchas más, incomparablemente, las que sería menester adoptar para que la enseñanza de nuestras Facultades, cualquiera que fuese el carácter especial y nacional que hubiese de tener (cosa grave, difícil y sobre todo lenta en un pueblo que de tal modo ha roto, hasta donde cabe, sus tradiciones), entre algún día en el camino de formalidad, valor científico y sentido pedagógico por donde van entrando las de otras naciones, como Francia, y más particularmente Italia, que se hallaban poco há en situación análoga á la nuestra, en cuanto á espíritu y organización; si bien en muy otro nivel, según lo prueban los trabajos publicados por sus profesores, aun en tiempos anteriores á la vigorosa reorganización que han emprendido.

De todas estas reformas, permítasenos resumir ahora las que á nuestro juicio parecen de más capital importancia. Advértase, sin embargo, que no es de una ú otra de ellas,

(1) Véase el núm. 298 (15 de Julio último) del Boletín.

sino del espíritu general de todas, de lo que cabe esperar una regeneración, hoy todavía remota, por desgracia.—Pues la reforma ha de tender á concluir, severamente y cuanto antes, con el carácter actual que hoy tiene entre nosotros esa enseñanza y cuyas notas cardinales son: 1.^a Formalismo mecánico, verbal y memorista, con la trivialidad y superficialidad consiguientes; 2.^a Pasividad del alumno, falta de iniciativa, de personalidad, trabajo é ideas propias y por tanto de gusto é interés objetivo por la verdad científica; 3.^a Aislamiento, sequedad é incomunicación entre profesores y alumnos, y entre cada una de estas mismas clases, por extinción de todo espíritu corporativo; siendo hoy la Universidad, no un *alma mater*, una familia, una personalidad, un organismo de educación y ciencia, con vida interior propia y relaciones complejas de mutua solidaridad entre sus miembros; sino un conjunto inorgánico de servicios particulares independientes, bien ó mal desempeñados y siempre ineficaces para el fin á que todavía se *supone* que aspiran; raíz esta, además, la más profunda, no ya de los frecuentes casos singulares de indisciplina en nuestras Universidades, sino del estado de insubordinación permanente en que viven dichos centros, y que es vana utopía pretender corregir con remedios tópicos, tan ilusorios é inútiles como las penas académicas.

Hé aquí, ahora, recordadas, algunas de las modificaciones antes propuestas, de ninguna de las cuales, ni de todas juntas, repetimos, debe esperarse otra cosa que la *posibilidad* de un renacimiento.

1.^a Supresión de los exámenes de asignatura y fin de curso. España es todavía la nación donde mayor número de exámenes tiene que soportar el estudiante: qué grande superioridad debe poseer, por consiguiente, respecto de los estudiantes de los demás países, cualquiera lo sabe. Por lo que hace á los profesores, convertidos en preparadores de sus alumnos para el examen, hoy día no existe una sola nación donde no se repruebe *en absoluto* que se concreten á esta función; en las más, se les exime de ella; y en algunas (v. gr., Francia) ha sido menester que los Gobiernos den, una tras otra, órdenes y circulares para que comprendan que su obligación fundamental es ser hombres de ciencia, y formarlos. El examen debe ser función, ó más bien, consecuencia indirecta *permanente* de la comunicación entre el maestro y sus educandos en la clase. Deploramos que los decretos de supresión más ó menos radical de los exámenes, dictados en diversas ocasiones, desde 1873, nunca hayan sido cumplidos; y que recientemente se haya derogado, por la explicable presión del atraso y la rutina, el ensayo practicado con éxito en la Escuela Normal Central de Maestras.

2.^a La adopción de los nuevos métodos de trabajo en los estudios de Facultad, sustituidos á la interrogación memorista y al discurso, trivial ó enfático, pero ineficaz siempre para la verdadera enseñanza, reclama la limitación del número de alumnos, que deben ser elegidos por oposición. Lo reclama, por otra parte, la necesidad de que el profesor conozca al día el estado de sus discípulos. Téngase en cuenta, sin embargo, que un profesor de larga experiencia en cátedras numerosas y de ideas nada menos que exageradas y radicales, en verdad, el Sr. D. Luis Silvela, en una de esas raras ocasiones en que los Gobiernos consultan la opinión de los claustros sobre reformas en la enseñanza (1), declaraba que, aun cuando subsistiese la aglomeración actual de alumnos, que impide toda enseñanza grave y concienzuda, así como el conocimiento exacto de cada uno de ellos, deberían suprimirse los exámenes, pues son mayores los inconvenientes de su conservación, que los que podrían nacer de no ser sustituidos por otro medio alguno.

3.^a Hay que ensanchar la acción del profesorado para con los estudiantes (así como su relación con las familias) en favor de la vida, cultura y costumbres generales de estos, no solo dentro, sino fuera de la Universidad. Para ello, ante todo, y á la vez que se debe volver al sistema de notas frecuentes á las familias, y al de los encargados ó curadores de los alumnos (que convendría fuesen siempre profesores), hay que dar á la Universidad y sus locales muchos atractivos de los que hoy encuentran los muchachos en academias y círculos de cultura y recreo, favoreciendo el establecimiento de bibliotecas y salas de lectura y de conversación por la noche, la formación de sociedades de juegos y ejercicios físicos, de excursiones y viajes: en suma, cuantos medios puedan contribuir á que el estudiante se sienta en la Universidad tan *at home* como sea posible. Algo de esto se *proyectó* hacer en la Facultad de Derecho de Madrid en estos últimos años; pero (aparte de algún hecho aislado en tal ó cual establecimiento), donde se camina real y efectivamente en este sentido, parece ser solo en la Universidad de Oviedo.

4.^a Reorganización de la duración del curso: *a)* aumentándole un mes, tomado del tiempo destinado á los exámenes; *b)* suprimiendo las fiestas de entre semana; *c)* permitiendo á cada profesor distribuir su curso en la forma que prefiera, con aprobación de la Facultad.

5.^a Arreglo de la eterna cuestión del preparatorio: sea ampliando la 2.^a enseñanza; sea estableciendo, ya al final de esta, ya en cada Facultad, enseñanzas *especiales*, si se cree que hacen falta y que han de tener di-

(1) Cuando lo hizo el Sr. Albareda en 1882.

verso carácter, según el de cada una de estas; pero acabando de una vez con el actual sistema, que toma el curso preparatorio de las Facultades de Filosofía y de Ciencias; é introduciendo, cualquiera que sea la solución, el examen de ingreso, como lo pide por otro concepto la limitación del número de alumnos.

6.^a Debe disminuirse la duración de la mayor parte de las Facultades, en consonancia con lo que acontece en casi todas partes. En general, el sistema vigente entre nosotros, es también consecuencia del principio reinante, que pone sobre todo empeño en aumentar la *cantidad*, no en mejorar la calidad de la enseñanza (v. gr., que «se explique *toda* la asignatura», etc.); mientras que para otros pueblos, lo importante es formar el espíritu del alumno y orientarlo en las bases cardinales de cada orden de estudios, sea trabajando directamente sobre los primeros conceptos de una ciencia, sea tomando ocasión de uno cualquiera de sus problemas particulares, ó de su historia, ó de una doctrina determinada, etc., etc.

7.^a La transformación profesional de los distintos Doctorados en verdaderas Escuelas Normales para el profesorado respectivo, bajo el doble concepto de su más sólida educación científica y de su preparación pedagógica, con las condiciones en su lugar expuestas (cultivo de la especialidad, duración de dos años, pensiones, derechos de los alumnos en circunstancias dadas á ingresar en el Profesorado, etc., etc.), sería acaso el medio más eficaz para *formar* profesores, en vez de *buscarlos*, como se ha dicho con razón que es el erróneo objetivo de nuestro sistema vigente. Si por tales ó cuales razones no pudiese reorganizarse el Doctorado con todas sus exigencias, habría que acometer resueltamente—y quizá aun sin esto—el establecimiento de una escuela de estudios superiores, centro provisional de verdadera indagación científica.

8.^a En cuanto al profesorado, la admisión de nuevos principios que puedan ir sustituyendo al de la oposición; el favorecimiento de la creación de los *privat-docentes*—incluso asignándoles acaso alguna dotación en circunstancias dadas—así como de un personal especialmente consagrado á la dirección de las investigaciones personales de los alumnos, y análogo á los llamados jefes y directores de trabajos prácticos, *maitres de conférences*, etc. (sobre todo, allí donde los catedráticos, por su salud, sus muchas ocupaciones, su edad avanzada, sus hábitos, el excesivo número de sus discípulos, ú otras causas semejantes, no puedan, sin violencia y con fruto, encargarse de este servicio); la posibilidad de mejorar su mísera remuneración, acumulando dos cátedras... hé aquí algunos de los principales recursos para transformar nuestro cuerpo docente.

Para concluir. Obsérvese cuán poco pedimos al presupuesto del Estado, teniendo en cuenta, no tanto su penuria de dinero, como aquella otra á que con igual motivo alude uno de los científicos y pedagogos lusitanos de más sólida inteligencia, elevado sentido y saber de nuestro tiempo (1). «Al ver cuánto dinero mal gastado—dice—se consume por ahí de las arcas del Estado, se me figura que, entre nosotros, hay mucha más pobreza de ideas y convicciones que de medios pecuniarios.» A estas razones, hay que atender también en España.

ENCICLOPEDIA.

EL ÚLTIMO CONCURSO BELGA DE CIENCIAS FILOSÓFICAS.

(Conclusión) (2).

«Puesto que el universo, dice M. Delbœuf, marcha de lo inestable á lo estable, y puesto que lo estable no se vuelve inestable por sí mismo, debemos representarnos los elementos primordiales que lo han constituido, como habiendo tenido que ser esencialmente inestables. Los inestables son elementos que quedan independientes, y solo se unen para desunirse inmediatamente después. Tienen en sí mismos un principio de acción, un principio de movimiento; pero no tienen dirección. Son, pues, libres. Ser libre es, simplemente, suspender su respuesta á la sollicitación. El que es libre puede esperar una sollicitación más fuerte, cuyo grado de fuerza fija él mismo. El universo que encierra seres libres no está por lo tanto sometido á leyes fatales. El positivismo se compromete, cuando afirma que nuestras facultades superiores son debidas á un arreglo de moléculas en sí ininteligentes é insensibles.

»Los elementos primordiales del universo están, pues, dotados de sensibilidad, de inteligencia y de libertad. En el principio, viven una vida latente é independiente; su libertad no tiene resistencia alguna que vencer. Inmediatamente después de su nacimiento, los elementos chocaron entre sí, y afectados en su sensibilidad aplicaron su inteligencia y su libertad á huir de tropiezos desagradables, y á buscar de nuevo los choques agradables. Así se crearon las afinidades y las repugnancias. Los elementos tuvieron deseos y temores y adquirieron costumbres, que se convirtieron en lo que llamamos nosotros sus leyes. Estas son

(1) F. Adolpho Coelho, *A reforma do Curso superior de Letras de Lisboa*, en la excelente *Revista de Educação e Ensino*, del mes actual.

(2) Véase el número anterior del BOLETÍN.

los residuos de actos primitivamente libres. Se hicieron alianzas hasta lo infinito; variedad primitiva de una infinidad de cosas que se diferencian unas de otras en cantidades infinitesimales, dió lugar á agrupaciones de sustancias susceptibles de organizarse. Así es como aparecieron en el mundo todas las primeras moléculas organizadas, que fueron á su vez agrupándose: la libertad, la sensibilidad, la inteligencia, se concentraron cada vez más en aglomeraciones especiales. Cada miembro de la comunidad concentró sus aptitudes en una función determinada, y las libertades y las conciencias moleculares se fundieron en libertades y conciencias compuestas. El universo vió, pues, formarse poco á poco agregaciones, en las cuales los elementos primordiales, renunciando en parte á su existencia propia, concurren á dar al conjunto una independencia más grande y una vida más intensa.

»De esta manera se manifestaron en el universo dos órdenes de existencias: existencias de fenómenos complejos y existencias de fenómenos simples; aquellas cada vez más libres y potentes, estas cada vez más mecánicas y esclavas. Se establece una vasta jerarquía. La planta, para abrir, separa el carbono del oxígeno, los animales se aprovechan de la separación de esos dos cuerpos para reunirlos de nuevo en su sangre. En seguida aparece el hombre, el cual destruye ó domestica las especies animales ó vegetales. Así se mueve el mundo hacia el pensamiento, porque todo cuanto él encierra está puesto y sigue poniéndose al servicio del pensamiento. Este sigue su camino, hasta el día en que haya reconquistado por la ciencia al universo, que es obra suya. Entonces sabrá de una manera explícita qué es la inteligencia, y quién el verdadero demiurgo.»

Antes de formular juicio acerca de esta concepción grandiosa, añadamos que, además de los trabajos á que nos hemos referido hasta aquí, y que merecían ser citados en primer término, M. Delbœuf ha publicado también numerosos artículos menos importantes, en los cuales se encuentra siempre la constante preocupación de aplicar á las ciencias filosóficas los procedimientos y los resultados de las ciencias exactas y naturales. Citaremos, entre otros: *Enanos y gigantes, estudio comparativo de la fuerza de los animales pequeños y de los grandes*, en el cual demuestra que los músculos cortos presentan, con relación á los músculos largos del mismo volumen, la particularidad de que obran más lentamente, pero que mueven masas más considerables; *El daltonismo* (en colaboración con Spring); *El sentido de los colores en los animales, según M. Grant-Allen*; *Un nuevo centro de visión en el ojo humano*. El primero de esos cuatro opúsculos fué leído en la clase de cien-

cias de la Real Academia de Bélgica; los otros tres fueron publicados en la *Revue Scientifique*.

Pero sobre todo debemos señalar cierto número de artículos publicados en la *Revue philosophique*.

Está, ante todo, el artículo titulado *Por qué las sensaciones visuales son extensas*, en el cual pone de relieve la verdad psicológica de que todos los sentidos son susceptibles de proporcionarnos sensaciones mezcladas á la percepción de la extensión, y que desde este punto de vista no hay entre ellos más que diferencias de grado.

Vienen después los trabajos de M. Delbœuf sobre el hipnotismo. Se titulan: *La memoria en los hipnotizados*; *Del influjo de la educación y de la costumbre sobre el sonambulismo provocado*; *De la pretendida vigilia sonámbula*. Puede añadirse: *Una visita á la Salpêtrière*, que fué publicado en la *Revue de Belgique*.

El estudio de los fenómenos hipnóticos ha hecho que en nuestros días penetre la psicología experimental en un terreno hasta ahora inexplorado, y no es extraño que un investigador tan incansable como M. Delbœuf haya querido profundizar aquellos fenómenos y hacerlos pasar por el tamiz de su vigorosa crítica. Los diversos escritos cuyos títulos acabamos de citar, constituyen en su conjunto una importante contribución pagada al estudio de esos fenómenos, á un tiempo mismo patológicos y psicológicos.

El autor expone en ellos, hasta en sus más pequeños pormenores, los experimentos personales hechos por él durante estos últimos años, y hay que aplaudir la sagacidad con la cual se pone en guardia contra el escollo de la superchería y del charlatanismo. Establece en primer lugar que el sueño hipnótico es de la misma naturaleza que el sueño ordinario y está sometido á las mismas leyes. Los sueños hipnóticos se prestan al llamamiento en las mismas condiciones que los sueños ordinarios. Mientras que los sueños ordinarios nos son inspirados comunmente por movimientos orgánicos internos, los sueños hipnóticos son principalmente sugeridos por impresiones exteriores hechas sobre los órganos de los sentidos: el oído, cuando se habla al sujeto; la vista, cuando se hacen ciertos gestos delante de él; el sentido llamado muscular, cuando se da á los miembros cierta posición. M. Delbœuf demuestra también que á los hipnotizados se les conduce facilísimamente con el ejemplo, con la palabra, con el simple deseo. La más ligera indicación les da sugerencias de una precisión y de una fuerza asombrosa. Por otra parte, los mismos sujetos amoldan al que los maneja, y le imponen, á pesar suyo, su método y sus maniobras. M. Delbœuf expresa, á este propósito, el pensamiento tal vez audaz,

pero seguramente muy elevado, de que el hipnotismo puede llegar á ser en su día un poderoso instrumento de educación y de moralización.

Los fenómenos hipnóticos han entrado ya en el terreno científico; se han hecho una parte importante de la psicología experimental; los estados enfermizos de la sustancia nerviosa y las alteraciones de la libertad que de ellos resulta, aclaran el funcionamiento normal de las facultades humanas, y M. Delbœuf ha contribuido, ciertamente, por su parte á arrancar de raíz las sospechas de charlatanismo ó de tontería que una preocupación muy extendida todavía hace pesar sobre los que por amor á la ciencia ó á la humanidad, y hasta por simple curiosidad, emprenden viajes de exploración por el misterioso continente del sonambulismo provocado. En un folleto reciente, que es un extracto de los *Boletines* de la Real Academia de Bélgica, ha tratado de aplicar el hipnotismo á la terapéutica; pero esta cuestión atañe á las ciencias médicas, y nuestra falta de competencia en ellas nos prohíbe seguirle á ese terreno.

Si procuramos ahora formarnos una idea general de las opiniones de M. Delbœuf, dos puntos capitales atraen inmediatamente nuestra atención. Uno es su creencia en el transformismo, ó sea en la teoría de la evolución; el otro, su doctrina sobre la libertad.

La hipótesis transformista consiste, en general, en admitir que las especies se derivan unas de otras por una serie de transformaciones que determinan cambios de medios y de condiciones vitales. Cualesquiera que sean las vacilaciones de M. Delbœuf en ese punto—y M. Dumont las ha señalado ya en la *Revue philosophique*—no es posible negar que la tendencia general de sus obras es transformista. «Concebimos rigurosamente—dice en su *Psicología como ciencia natural*—que por una serie de perfeccionamientos sucesivos, la inteligencia de una mónera puede llegar á ser igual á la de Newton, y hasta á una inteligencia infinita, para la cual el universo no tiene secretos, y la cual ve á la vez el pasado y el porvenir. Esta concepción es tanto más fácil para nosotros, cuanto que sabemos que Newton ha salido de un huevo, y que seguramente en el momento de su fecundación no tenía una inteligencia igual á la de un infusorio.»

Cierto que M. Delbœuf añade que la cuestión de saber cómo la fuerza y la materia hacen nacer el pensamiento, será siempre para nosotros un enigma indescifrable. Pero M. Dumont hace observar con muy buen juicio, que esta evolución de la conciencia, desde la inteligencia de la mónera hasta una inteligencia divina, infinita, parece indicar una especie de panteísmo, en que la materia y el espíritu serían los dos atributos de un solo y mismo sér, desarrollándose simultáneamente. Indudable-

mente los evolucionistas, que son sabios antes que filósofos, y que consideran generalmente á la especulación como una enfermedad del espíritu, no se preocupan del carácter panteísta de que se halla impregnada la doctrina, porque consideran semejante debate puramente metafísico, y creen que no presenta en la edad positiva de la humanidad ningún interés para la conciencia humana. Pero no es menos cierto que una vez aceptado el principio de la transformación de las especies, es preciso resignarse á bajar uno á uno todos los grados de la lógica, á considerar toda la serie de seres como el desenvolvimiento de una sustancia única, y á resucitar la doctrina del perpetuo venir á ser de las cosas, adornándola con todos los descubrimientos científicos acumulados por el genio moderno.

Ahora bien, si el transformismo va á parar inevitablemente al panteísmo, la noción de la realidad sustancial de los seres particulares desaparece, y estos no son más que fenómenos pasajeros ó momentos del desarrollo de la sustancia única.

El transformismo, pues, debe someterse á la ley universal de todos los panteísmos, y acabar forzosamente en la negación de la libertad. Esto, puede que se nos diga, no es más que metafísica. Pero es también lógica, y no podemos concebir nada que sea contrario á las leyes del conocimiento. El poder suspensivo de la libertad individual presupone una realidad capaz de ejercer ese poder, y el transformismo lo suspende en provecho de la sustancia única. «El alma animal, dice M. Delbœuf en su *Psicología como ciencia natural*, es una suma de instinto y de conciencia. Siguiendo las especies, esta suma varía por la cantidad absoluta y por la relación entre las dos partes que la componen. El hombre—al menos, el de ciertas razas—es un animal en el cual la suma de actos conscientes es notable, y se sobrepone tal vez á la de los actos inconscientes ó instintivos, que son, después de todo, mucho más numerosos de lo que generalmente se cree.» Y en otro lugar, añade: «En el mundo material nos vemos impulsados, y podríamos decir que autorizados, á traer todos los fenómenos á la unidad. Del mismo modo, en el mundo de los espíritus, la ciencia, á pesar de la oscuridad profunda que envuelve todavía ciertos puntos, tiende á traer todos los actos intelectuales á un tipo primordial. El transformismo recibe con esto una nueva confirmación. La gran concepción de Lamarck, que hace de todos los seres sensibles una cadena continua, cuyos eslabones se han engendrado unos á otros, y trae á la unidad de vida los tipos específicos más diversos, esta concepción, se aplica á los actos intelectuales más varios, que derivan también uno de otro, y en último análisis de un primer acto de conciencia ó de esfuerzo sentido y que-

rído, suscitado por una primera sensación.

Por otra parte, ya hemos visto á M. Delbœuf hacerse el campeón enérgico del libre albedrío y abordar de frente la objeción de los fatalistas. No solo afirma la existencia del libre albedrío en el hombre, sino que considera á los elementos primordiales del universo como dotados de sensibilidad, de inteligencia y de libertad, y considera las costumbres y los instintos como residuos de actos primitivamente libres.

No podemos hacer más que repetir aquí que la unidad de sustancia, que es la esencia misma del trasformismo, no puede conciliarse con esa nueva doctrina. Si los elementos primordiales del mundo son libres, si ejercen un poder suspensivo sobre sus propios actos, poseen una realidad propia, sustancial y no fenomenal, y no son, por consiguiente, más que puros y simples accidentes de la sustancia única. Evidentemente M. Delbœuf se ha dado cuenta de esta considerable dificultad, y sin duda por esa razón vuelve á cada instante en sus escritos á esa temible cuestión del libre albedrío. La creencia en la libertad es para él un ídolo al cual está prohibido tocar. Desgraciadamente, del mismo principio del trasformismo nacen los ataques dirigidos contra la libertad, y M. Delbœuf se ve obligado á luchar contra sí propio.

¿Es seguro, por lo demás, como sostiene M. Delbœuf, que el mundo haya comenzado por la inteligencia y la libertad, que la conciencia haya precedido á la inconsciencia, y que la inteligencia consciente no sea más que el bosquejo embrionario de una facultad cuya forma más elevada constituye el instinto y cuya expresión perfecta es el automatismo? O bien, ¿serán observaciones positivas sobre las cuales se apoya un aserto aventurado y estaremos en plena hipótesis? Admitimos de buen grado que la materia viva contiene fuerza fijada, que esta fuerza fijada es el residuo de una evolución anterior, y que el tiempo, que jamás se detiene, viene á inscribir en forma de depósito la historia entera del mundo en la sustancia del sér viviente. Pero no hay nada que nos asegure que la conciencia y la libertad hayan presidido á ese trabajo secular. M. Delbœuf, que dirige más de una vez sus críticas aceradas contra el abuso de la especulación y que habla en tono solemne del derrumbamiento trágico de los orgullosos templos edificadas por la filosofía alemana, se estrella contra el mismo escollo. Diríase que ha presentado la dificultad de conciliar la libertad con el trasformismo y que ha eludido esa dificultad colocando la libertad en el origen mismo del mundo para estar seguro de volverla á encontrar en el hombre.

El procedimiento es infalible, pero no es más que un expediente. Habría sido menester elegir entre el trasformismo y la libertad.

M. Delbœuf no lo ha hecho; ha preferido intentar entre uno y otra una conciliación imposible y encerrarse así en una contradicción sin salida que podría resumirse en la proposición siguiente: Todo lo que sucede es á la vez fatal y libre, y la filosofía debe abrazar en una adoración común el dios de la fatalidad y la diosa de la libertad. Al llegar á esta conclusión, que hiere en el corazón á la filosofía, no se puede menos de recordar que, en su *Essai de logique scientifique*, M. Delbœuf ha negado la posibilidad de la certeza científica y que ni la misma geometría encuentra gracia ante él, más que á condición de que sea una ciencia puramente experimental. La contradicción colosal que acabamos de señalar no puede menos de conducir al escepticismo.

IV.

Ha llegado el momento de formular un juicio comparativo sobre los tres escritores de quienes nos hemos ocupado en este informe. Afortunadamente, el conjunto de sus obras nos presenta las tres grandes direcciones de la filosofía contemporánea. M. Tiberghien personifica la escuela metafísica, que se inspira, en resumen, en la gran tradición cartesiana, concediendo al mismo tiempo un lugar importante á los descubrimientos de la experiencia. M. Loomans viene directamente de los escolos y del espiritualismo experimental de Maine de Biran. M. Delbœuf, en fin, representa la alianza de la psicología con las otras ciencias de observación y las tendencias trasformistas que dominan en nuestros días las ciencias naturales. Los tres son pensadores distinguidos, de quienes el país puede estar orgulloso y cuyos trabajos ejercen en la generación actual gran influencia. Aunque siguiendo direcciones opuestas, han dado cada cual desde su punto de vista opiniones originales y profundas sobre los problemas que plantea la filosofía y sobre los métodos que emplea. M. Tiberghien y M. Loomans, inspirándose en las tradiciones elevadas del espiritualismo, han puesto de relieve los elementos necesarios y absolutos que están ocultos en el fondo de la razón y han practicado con verdadera autoridad esa observación tan fecunda del yo por sí mismo, que será siempre el punto de partida y la autoridad inextinguible de la filosofía. M. Delbœuf, por su parte, ha dirigido más particularmente sus investigaciones á los lazos íntimos y profundos que unen la inteligencia á las leyes de la materia viva, y de los tres puede decirse que han recogido una abundante cosecha.

Si el Jurado no se viese obligado á atenerse al texto del art. 15, párr. 2.º del Real decreto de 30 de Diciembre de 1882, no vacilaría un instante en proponer, señor ministro, bien que repartiese el premio decenal, bien que

concediese tres; y está persuadido de que el Gobierno no podría encontrar ocasión más favorable para recompensar á indagadores de primer orden que han consagrado sus vigilias á trabajos condenados por la naturaleza misma á no encontrar nunca más que un número muy limitado de lectores. Pero el texto del art. 15 es de un rigor tan absoluto, que el Jurado está obligado á elegir. *Dura lex, sed lex.*

Ahora bien, si se consideran en su conjunto los trabajos de cada uno de esos tres escritores de quienes nos hemos ocupado, es indudable que los de M. Tiberghien tienen un encadenamiento riguroso, un carácter sintético, que no se encuentran en igual grado en los de M. Loomans y M. Delbœuf. Las diversas partes de la obra de M. Tiberghien abrazan todo el dominio de la filosofía y son, ya lo hemos dicho, como los eslabones de una misma cadena. M. Loomans maneja, ciertamente, el método psicológico con rara habilidad; pero la esfera en que se mueve es más estrecha y sus puntos de vista generales no tienen ni la amplitud ni la extensión de los de M. Tiberghien. Cuanto á M. Delbœuf, diremos que se coloca delante de los dos por la novedad y la originalidad de sus investigaciones experimentales; pero el conjunto de sus obras carece de unidad y se apoya sobre una contradicción fundamental que ya hemos hecho notar lo bastante para que volvamos sobre ella. Este defecto capital es demasiado grave para que lo consideremos neutralizado por las opiniones originales que abundan en sus escritos.

En su consecuencia, el Jurado, después de largas deliberaciones, tiene el honor de proponer, señor ministro, que concedáis el premio decenal de las ciencias filosóficas, para el período de 1878 á 1887, á M. G. Tiberghien, profesor ordinario en la Facultad de filosofía y letras y antiguo rector de la Universidad de Bruselas, por la segunda edición de su *Introducción á la filosofía y preparación á la metafísica.*

El Jurado decide igualmente expresar en el presente informe el disgusto de no haber podido disponer de tres premios decenales y el homenaje merecidísimo de su admiración á MM. Loomans y Delbœuf: al primero, por la seguridad con la cual aplica su método analítico á la ciencia del alma; al segundo, por la originalidad incuestionable de sus investigaciones experimentales.

Estas resoluciones han sido adoptadas por unanimidad por los cinco individuos que asistieron á la sesión en que se votó esta cuestión. Otro individuo ha declarado en una sesión ulterior que une su voto al de sus cinco colegas. El séptimo murió en el intervalo que hubo entre ambas sesiones.

INSTITUCIÓN.

LIBROS RECIBIDOS.

García Al-Deguer (Juan) y Giner de los Ríos (H.).—*Curso de literatura española.*—Madrid, Minuesa, 1889.—Don. de los autores.

Moreno Barcia (D. Segundo).—*Discurso pronunciado en la Escuela elemental de Comercio de la Coruña en la apertura del curso académico de 1889-1890.*—La Coruña, Mínguez Peinó, 1889.—Don. de la Escuela.

Martínez Vargas (Dr. D. Andrés).—*Introducción á la pediatría, sus fundamentos patológico y terapéutico.*—Granada, Sabatel, 1889.—Don. del autor.

Idem.—*Valeur de la thérapeutique chirurgicale dans les affections tuberculeuses.*—Paris, Manou, 1889.—Don. de id.

Bellver (Sr. D. Ricardo) y Riaño (Excelentísimo Sr. D. Juan F.).—*Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del primero.*—Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1889.—Don. de D. J. F. R.

Castro y Serrano (D. José de) y Excelentísimo Sr. Duque de Rivas.—*Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del primero.*—Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1889.—Don. de D. J. F. R.

Mestre y Amabile (M. Vicente).—*Discours prononcés sur les oeuvres d'instruction populaire en Espagne et dans l'Amérique latine.*—Paris, Imprimerie Chaix, 1889.—Don. del autor.

Guillaume (M. J.).—*Procès-verbaux du Comité d'instruction publique de l'Assemblée législative.*—Paris, Imprimerie nationale, MDCCCLXXXIX.—Don. del autor.

Notice sur la République Argentine.—Lille, Danel, 1889.—Don. de la Commission Argentine de l'Exposition universelle de 1889.

Senén Galván y Auria (D. Abdón).—*Artículos sobre la necesidad de organizar un servicio nacional estadístico, concienzudo y robusto en la Dirección general del Instituto geográfico y estadístico.*—Logroño, Merino y C.^{ta}, 1889.—Don. del autor.

CORRESPONDENCIA.

D. J. S. B.—Zaragoza.—Recibidas 10 pesetas por su suscripción del año actual.

D. P. M.—Oviedo.—Idem id. 5 pesetas por el segundo semestre de 1889.

C. de Palencia.—Idem de 10 pesetas por su suscripción del año actual.

D. R. G.—Llérida.—Idem de 5 pesetas para id. id.

D. E. S.—Logroño.—Idem letra de 5 pesetas para id. id.

D. F. I. E.—Logroño.—Idem id. de 10 pesetas para id.